

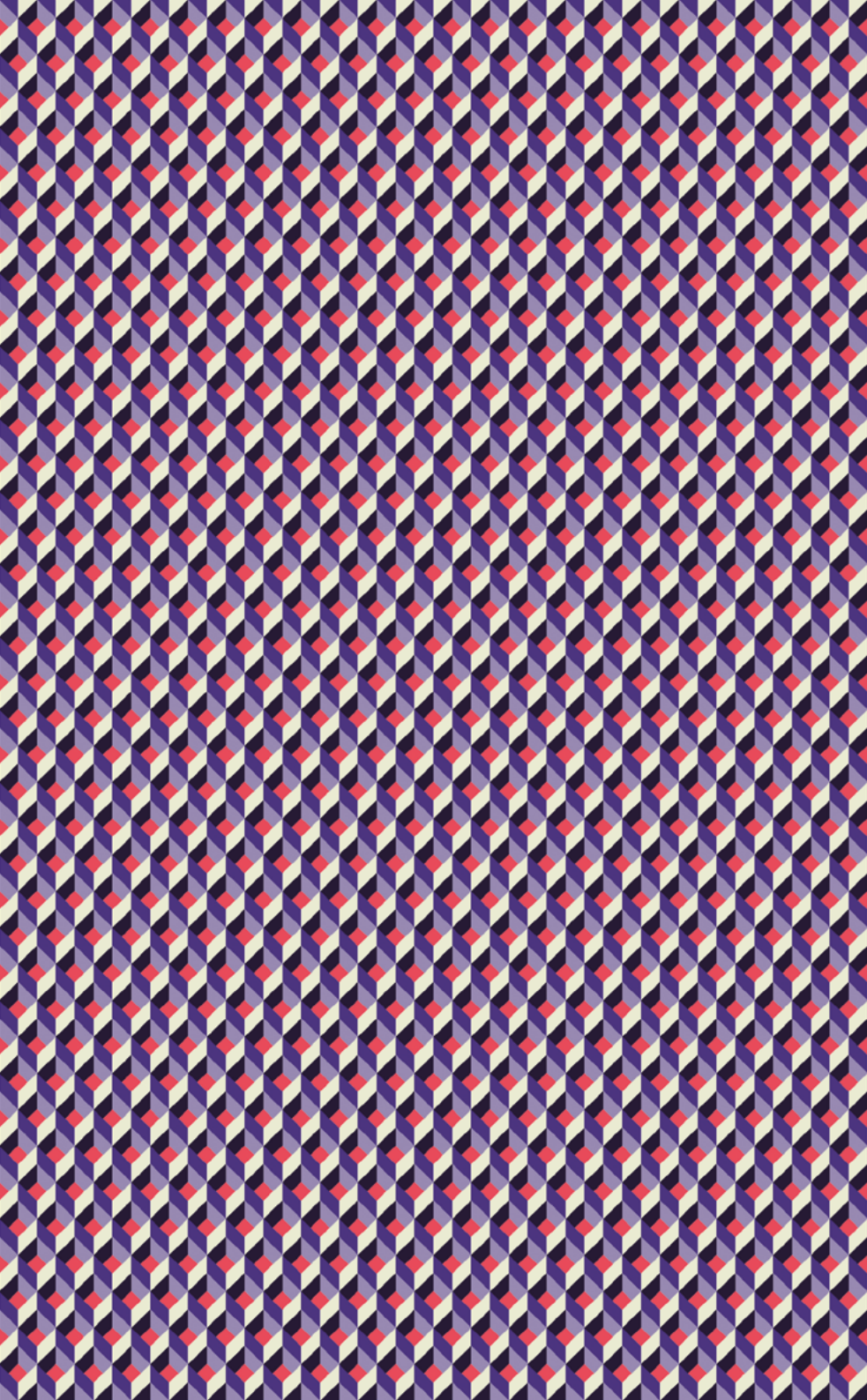
ÓSCAR GARCÍA-ROMERAL FARIÑAS

EL CLUB DE LA LECTURA

SERIE ZENOBIA

CULTUR**e**BOOKS

RELATOS
CORTOS



ÓSCAR GARCÍA-ROMERAL FARIÑAS

EL CLUB DE LA LECTURA



IV CERTAMEN NACIONAL
DE RELATOS CORTOS

ZENOBIA



Universidad
de Huelva



Ayuntamiento
de **Moguer**

Datos Edición

Primera edición en formato Papel: febrero 2010

Primera edición en formato ebook: agosto 2020

© Universidad de Huelva

© Óscar García-Romeral Fariñas

Colección: **CULTUR**

Serie: **ZENOBIA** / N.º: 5

Papel: Estucado mate 130 g

Encuadernación: Estucado mate 300 g

Impresión: Impreso en España. *Printed in Spain*

Depósito Legal: H 11-2010

ISBN papel: 978-84-18280-73-3

ISBN Ebook: 978-84-18280-32-0

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual.



QR DE DESCARGA

EBOOK



Citar
el libro



Navegar por
marcadores e
hipervínculos



Realizar
notas y
búsquedas
internas



Volver al índice
pulsando el pie
de la página



Comparte
#LibrosUHU



Únete y
comenta



Novedades a
golpe de klik



Suscríbete
a nuestras
novedades

A Onfalia



Al final del día, tendido sobre la cama con los ojos entrecerrados, solía dormirse repitiendo en voz alta, con su nombre, el primer párrafo de Lolita, de Nabokov:

- “Cristina, luz de mi vida, fuego de mis entrañas. Pecado mío, alma mía. Cris-ti-na: la punta de la lengua emprende un viaje de tres pasos...”

Traspasaba el umbral del sueño con ese sonido, y permanecía aún flotando con un eco pertinaz, involuntario - Cris-ti-na, Cris-ti-na...-, sobre los últimos ruidos de la calle que, cada vez más apagados, penetraban en el dormitorio a través de la ventana; su nombre, su sagrado nombre sobre todos los nombres de todos los hombres, sobre todas las vidas.

- Cristina, mi vida.

Un año antes, huyendo del desierto de Madrid y de dos fracasos sentimentales, recaló en un pueblo aragonés que linda ya con Cataluña, en un valle verde y plano con el río Ebro al sur y la línea imponente de los Pirineos al norte. Un pueblo sin pretensiones, ni demasiado grande ni demasiado pequeño; apartado, pero no aislado; tranquilo, pero no muerto. Un buen lugar donde retirarse al fin con un puñado de recuerdos y de libros. Con el dinero de la prejubilación que consiguió arrancarle al banco en el que había trabajado más de treinta años, y la venta

de un piso en el barrio de Aluche, pudo comprar un apartamento a cada uno de sus dos hijos; el resto daba de sobra para pagar el alquiler de una vieja casita tras la iglesia, con dos plantas, a la que se había asomado el primer día embriagado por el aroma de una gran higuera que ocupaba casi todo el jardín y bajo cuya sombra enseguida se vio a sí mismo leyendo en las tardes azules del estío.

El primer mes lo pasó acondicionando la casa. De la antigua sólo rescató la vieja cama y el cabecero de madera de nogal, el escritorio de abedul con las estanterías a juego que mandara hacer a medida y el querido sillón orejero de piel en el que parecía haber quedado impreso el contorno de su cuerpo, escenario de su felicidad, cálido y confortable testigo de tanto viaje imaginado. El segundo mes lo dedicó a conocer el pueblo y sus alrededores. Se acostumbró a la niebla habitual de los amaneceres en esta zona de la ribera. Recobró sabores olvidados: el pan de leña y el agua sin cloro, la fruta sin barnizar. Desaprendió para aprender. Al tercer mes se sintió ya con ánimo para, con la ayuda de la joven concejal de cultura, que cedía además amablemente una sala de reuniones del ayuntamiento, organizar y dirigir un modesto club de lectura. Liberado de su forzado disfraz de interventor y gestor de créditos e hipotecas podría ahora compartir sus estigmas literarios con un puñado de letraheridos, de esos que, seguro, no habrían de faltar en este lugar que parecía invitar a compartir con calma la lectura de un libro y una conversación pausada -montañas mágicas, cumbres borrascosas-; quién sabe si una amistad, una

amistad como las de antes, construida con paciencia de artesano entre interminables paseos, confidencias y lentas, juiciosas palabras.

A mediados de septiembre tuvo lugar la primera reunión del club; asistieron a ella una docena de personas. Ese mismo día se acordó una periodicidad mensual en las lecturas, algo que la mayoría juzgó en principio razonable excepto un joven corredor de seguros que, al no poder comprometerse, renunció. Días después excusaron su asistencia un funcionario de mediana edad que llegó con el manuscrito de una novela de su autoría bajo el brazo -mas una sonrojante afición por escucharse a sí mismo- y un matrimonio mayor que confundió el proyecto con un club de relaciones sociales, y que antes de despedirse advirtió al organizador del escaso bagaje literario de algunos de los miembros, casualmente vecinos de edificio con los que en otro tiempo mantuvieron estrechas relaciones, hoy definitivamente truncadas.

En la segunda reunión presentó un plan semestral de lecturas. Dado su amplio conocimiento de la novela del diecinueve propuso un recorrido por algunos títulos que, en su opinión, podían calificarse sin exagerar de imprescindibles. Comenzarían con algo ligero: *Las penas del joven Werther*, de Goethe. "Aunque escrita a fines del siglo dieciocho esta obra anuncia sin duda la temática y el estilo de la gran novela romántica que habría de llegar", explicó a su ya incondicional auditorio. La arrebatadora pasión del protagonista, el difícil equilibrio de Carlota, inalcanzable objeto de deseo, atrapada también entre la convención y la humana necesidad de halago, el

trágico destino del amor no correspondido... nadie quedó indiferente tras su lectura. Pero para él aquella fue la primera vez que reconoció en la voz de Cristina la existencia de un alma gemela y una renovada promesa de felicidad. Al final de la reunión, en el momento en que cada uno de los miembros leyó su frase o pasaje favorito de la obra, ella declamó pausadamente, sin mirar el texto, con un lirismo sin afectación, la frase que él también subrayara en su ya lejana juventud y que le acompañaba siempre desde entonces:

-Señor, ¿estará escrito en el destino del hombre que sólo pueda ser feliz antes de tener razón o después de haberla perdido?

Algunos decidieron continuar la tertulia en el viejo café de la plaza. Cristina y él siguieron hablando del abismo entre la dicha y la conciencia. Supo que enviudó a los cuarenta años, que no tenía hijos y que acababa de jubilarse como responsable de la biblioteca municipal. A medianoche, con el tañido ancestral de las campanadas de la iglesia al fondo, cortésmente, se despidieron.

Pasó toda la semana con su imagen en la cabeza, su figura menuda, casi volátil, la piel transparente y la mirada firme, las manos blancas y delgadas garabateando en el aire al hablar las ideas que salían de su pequeña boca roja. Enfebrecido, impaciente, preparó la introducción a la siguiente novela: Madame Bovary. El día de la reunión intentó sin éxito no mirarla mientras explicaba la diferencia entre Emma, la heroína de Flaubert, sujeto ya y no sólo objeto de deseo, insatisfecho corazón atrapado en un corsé

social que asume el riesgo de la pasión dejándose la vida en el empeño, y el perfil pasivo y resignado de otras mujeres del romanticismo abrasadas en silencio por su propio fuego inconfesable -la propia Carlota de Goethe, la regenta de Clarín-. Leyó un párrafo de Flaubert para ilustrar su argumento:

-...al verse en el espejo se asustó de su cara. Nunca había tenido los ojos tan grandes, tan negros ni tan profundos. Algo sutil esparcido sobre su persona la transfiguraba. Se repetía: "¡Tengo un amante!, ¡un amante!", deleitándose en esa idea como si sintiera nacer en ella otra pubertad.

Casi no se sorprendió cuando Cristina leyó su pasaje favorito, exactamente la escena que da lugar a esas palabras, unas líneas antes, cuando el autor describe así el momento preciso en que Emma consuma su deseo por vez primera:

- La tela de su vestido se prendía en el terciopelo de la levita de Rodolphe; inclinó hacia atrás su blanco cuello, que dilataba con un suspiro; y desfallecida, deshecha en llanto, con un largo estremecimiento y tapándose la cara, se entregó.

Una señora interpretó que, al ocultar su rostro, se avergonzaba de su acción. Alguien apuntó sin embargo que el llanto denotaba alegría. Cristina, imitando con una de sus manos el vuelo de la mano de Emma, sugirió entonces que la satisfacción del deseo lleva implícita una mezcla de pudor y felicidad; escuchándola, él sintió la claridad de las epifanías. Se veían una o dos veces por semana. Paseaban sin rumbo por senderos flanqueados por hileras de árboles frutales. Otras veces quedaban a tomar

picatostes en el viejo café de la plaza. A ella se le ocurrió intercambiar sus ejemplares de las novelas leídas y comparar los fragmentos subrayados por el otro; el juego rubricó la afinidad. Una tarde en que renunciaron al paseo a causa de una niebla densa, universal, ella contó un recuerdo de infancia: el pueblo permaneció atrapado en la penumbra durante días y la niña que era creyó que el sol se había apagado o había huido derrotado por esa mortaja inabarcable de humo. Al tercer día su padre la levantó temprano: vístete, dijo, vamos a asegurarnos de que aún vive el sol; y subió con ella hasta el cerro del ángel, donde la ermita. La caminata duró toda una mañana, pero nunca, jamás olvidaría ese océano de nubes en el valle, a sus pies, ni la luz del sol iluminando todo desde lo alto y la sonrisa feliz de su padre, orgulloso junto a la pequeña hija arrebatada a la oscuridad.

Le gustó tanto la historia que desde entonces, cuando estaba solo, leyendo o a punto de dormir, en su imaginación Cristina emergía de entre la niebla y le traía el perfume de un tiempo amable y remoto de bolitas de alcanfor y de sopa juliana, de relojes de péndulo y café con perrunillas, de tardes de domingo que languidecen como suspendidas en el balcón; un tiempo en el que los garajes eran cocheras y las peluquerías salones de belleza.

Los días pasaban con una cadencia de balneario. El otoño se fue, dejando una lámina de cobre sobre la tierra. El grupo leía *Cumbres borrascosas*, de Emily Brontë; la desolada belleza del paisaje de la novela coincidía con la llegada del invierno, que blanqueó la pared de montañas del horizonte. Las opiniones

del grupo se dividían; unos juzgaban inverosímil la relación entre la bella -Cathy- y la bestia -Heathcliff-; otros entendían el irresistible magnetismo de lo atávico, la transfiguración, la redención de lo más terrible a través del amor; pero todos coincidieron justificando la cobardía de ella y la venganza final de él. La ruptura de los códigos morales y la aparición de los conflictos entre las rígidas clases sociales de la época se completó con la lectura en enero de *Rojo y negro*, de Stendhal. Para casi todos los miembros del club resultaba perfectamente admisible que el personaje de Julien Sorel, hipócrita y ambicioso, llegase a resultar atractivo, y hasta la mujer del panadero confesó, entre asustada y divertida por su atrevimiento, que, aun a sabiendas de sus intenciones, podría morir tranquila tras haberse dejado seducir por un hombre así. El remordimiento y la culpa llegó en febrero con Raskólnikov, el atormentado protagonista de *Crimen y castigo*, de Dostoievsky. Dos fueron los motivos por los que eligió esta obra: el primero para tener una representación de cada una de las cuatro grandes literaturas nacionales -inglesa, francesa, alemana y rusa-; el segundo para mostrar la evolución temática de la gran novela romántica: desde el deseo rebelado contra una asfixiante razón -reflejado en irrefrenables pasiones prohibidas- hasta la búsqueda de la libertad mas allá de toda moral impuesta -reflejada en la atracción hacia el mal y la coronación del individuo y la subjetividad como nuevo dios-. Dedicó tiempo y estudio, se empapó de crítica y ensayos hasta elaborar todas estas ideas, pues cada vez se tomaba con mas seriedad su papel,

ya no de mero organizador o conductor de tertulias literarias, sino de médium o chamán que hacía posible el milagro -¿cómo llamar si no a esa mágica comprensión, ese vislumbre final del sentido oculto tras la lectura de unas palabras?-. El otro milagro, Cristina, crecía cada día en su interior con una intensidad de hiedra; en la reunión sobre *Crimen y castigo* hizo llorar a mas de uno con su recreación de la dramática escena en la que Katerina Ivánovna, enloquecida tras el fracasado funeral de su marido en el que había gastado sus últimos ahorros, sale a la calle con los pequeños huérfanos cantando y bailando para mendigar una limosna de los sorprendidos transeúntes. Juzgó genial esa mezcla de comicidad y patetismo. Y la paradójica compasión de Raskólnikov, un asesino, hacia esa viuda arruinada que añoraba su pasado aristocrático junto a sus hijos, enfermos y desvalidos, sobreviviendo gracias a Sonia, la frágil hermana mayor que vendía su cuerpo para poder mantenerlos y a la que desearía amar como un hombre y proteger como un ángel.

Exhaustos pero satisfechos como una secreta hermandad de peregrinos llegaron al último tramo del viaje. De los nueve que lo habían iniciado quedaban seis. En *Madame Bovary* renunció una mujer mayor, beata irredenta, escandalizada mas por los comentarios surgidos en la reunión que por la historia misma. En enero enfermó alguien y ya no volvió. En *Crimen y castigo*, la joven concejal de cultura, que había asistido solidaria a todas las sesiones desde el mes de octubre, reconoció que su trabajo en el ayuntamiento hacía imposible el compromiso de una

lectura mensual. Algunos de los restantes apenas disimularon su inquietud ante el tamaño de la última obra propuesta, *La montaña mágica* de Thomas Mann, mas como valientes escaladores conjurados al pie del objetivo iniciaron en silencio, sin una queja, la ascensión. Las tardes de marzo iban conquistando horas de luz. Una anticipada primavera se revelaba en mañanas soleadas y noches sin frío, cuajadas de estrellas. El olor de la leña en los hogares se espaciaba ahora y se confundía con el humo de la quema de rastrojos que llegaba hasta el pueblo flotando desde los campos; se adelantaba el tiempo de las cerezas.

Los paseos, como las horas de sol, se alargaban. Un día, de forma natural, lo hicieron cogidos del brazo, aunque las alusiones de él por acabar la tarde visitando su biblioteca eran delicadamente rechazadas. Fue ella la que se atrevió a mencionar lo inevitable:

- No pretendo que lo entienda, sólo que acepte la idea: al acabar la última reunión, y sólo entonces, estaré encantada de recibirle una noche en mi casa. Creo ser mejor cocinera que lectora. Y pasará lo que deba pasar, que espero sea tan bello como en mis sueños. Hasta que me sea difícil seguir llamándole de usted, hasta que nuestros libros se confundan en las estanterías.

Aceptó respetuosamente. Cristina compartió con él durante ese mes la preocupación de los preparativos: el menú de la cena, el vestido que iría a comprarse a la capital; “No necesita gastar dinero o ponerse nada especial, cualquier cosa que tenga en casa y que yo no haya visto será para mí un

estreno”, protestaba él. “No lo comprende, no lo hago por usted...”, decía ella con la paciencia con la que explicamos algo evidente.

Los supervivientes del club se hallaban ya instalados junto a Hans Castorp y su primo en el inmenso sanatorio para tuberculosos en el que el enfermo europeo purgaba pasiones y razones, utopías y fracasos, en ese microcosmos donde el mal del siglo restañaba sus heridas. Comprendieron que la lectura de esta última novela necesitaba, como la estancia de sus personajes, un tiempo mayor: acordaron otro mes. Escogió esta obra enciclopédica, su favorita, aceptando el riesgo, aclarando previamente que, pese a estar escrita a principios del veinte, compendia las temáticas anteriores y anticipaba las catástrofes contemporáneas. Por eso no le sorprendió la petición del grupo y él, mientras tanto, podía seguir preparando minuciosamente la última de las reuniones. Junto a Cristina, que le abría la biblioteca incluso a deshoras y le guiaba por pasillos y anaqueles, se empapó de historia, filosofía y arte; repasó biografías, localizó nombres y lugares para armarse de respuestas ante las previsibles dudas del grupo sobre los densos discursos de Naphta y Settembrini. En sus paseos, Cristina confesaba sentir una mezcla de rechazo y atracción ante el caleidoscopio de ideas y personajes que dibuja Mann, pero no tardó en rendirse, subyugada por la declaración de amor de Castorp a madame Chauchat que copió a mano y le leyó una tarde, sentados en el viejo café: *“¡Déjame sentir la exhalación de tus poros y palpar tu vello, imagen humana de agua y de albúmina,*

destinada a la anatomía de la tumba, y déjame morir con mis labios pegados a los tuyos!”

-Tiene usted buen gusto- dijo él rozando levemente su mano-. Esa famosa declaración de amor es una síntesis perfecta de la obra: el cuerpo decadente y enfermo, pero real, frente al espíritu momificado por siglos de dioses y teorías. En el paisaje elevado de las montañas el alma hambrienta de Castorp encuentra la carne mortal como alimento.

El último sábado de abril bajó el telón. Todos tuvieron la sensación de haber asistido a un acto irrepetible, pleno de erudición y sensibilidad. Cristina no pudo evitar emocionarse al leer su párrafo favorito, aquel en el que se dice que quien vive esperando no envejece porque, en la espera, trasciende el tiempo. Pero la emoción mayor vino al final, cuando los seis le regalaban un ejemplar encuadernado en piel y dedicado por todos de cada uno de los libros leídos. La joven concejal apareció para anunciar la creación de un futuro certamen nacional de relatos con el nombre de la villa y una “generosa” dotación económica. No fue la última sorpresa; habían reservado un salón en el mejor restaurante. Allí, entre agradecimientos y peticiones para repetir de nuevo la experiencia –se lanzaron ya algunos nombres: Tolstoi, Dickens, Proust..-, animado por el vino de somontano y la camaradería, se levantó solemne y propuso un brindis por la literatura y la amistad, repitiendo otra vez el final de la obra de Mann que un poco antes leía a modo de clausura: *“De esta fiesta mundial de la muerte, de este temible ardor febril que incendia el cielo lluvioso del crepúsculo, ¿se*

elevará algún día el amor?”

La noche avanzaba hacia el milagro. Nadie quería regresar a casa.

La mañana siguiente hizo honor al domingo. Una consagrada primavera aromaba el valle. Bajo la higuera florecida del jardín, sesteaba arrullado por el dulce recuerdo del día vivido. Sobre la mesa de piedra un mensaje, escrito en papel carmesí: *Harta de esperar, le espero. Hoy a las nueve en mi casa.* Compró flores y pasteles. Salió a caminar. Subió hasta el cerro del ángel, donde la ermita. A eso de las ocho comenzó a arreglarse. A las nueve estaba sentado sobre la cama con la corbata a medio anudar. El sol había desaparecido y el dormitorio se pobló de sombras, pero él seguía allí, en la misma postura. Hacia las diez se sentó frente al escritorio de abedul, sacó una hoja y comenzó a escribir:

“Mi querida amiga:

Como un alpinista, mi pie vacila al dar el paso que puede arrastrarnos al abismo. No necesitamos bajar. Contemplemos la vida desde aquí, en la cumbre de nuestra montaña mágica; para qué descender al valle envuelto en la penumbra de una realidad que todo lo ensucia con su terrible catálogo de agravios y miserias, con sus flores ajadas, su letanía de ruidos corporales y zapatillas de paño -vapores de pena y verdura cocida-; la realidad, con sus madrugadas de escarcha donde las parejas insomnes desgranar su agonía entre medicamentos y almohadas cervicales.

Mi ilusionada amiga, cómo explicar la herida que deja esa sutil tristeza en las salas de espera o en los supermercados, la resignación y el tedio cotidiano que

ahoga a toda esa pobre gente encadenada. Créame, lo he vivido: las ganas de escapar, todas las gamas del gris; las tardes de hastío, las mentiras piadosas...

Ya hay demasiadas almas despeñadas.

No, querida, no: en el nombre del amor, del amor a la vida que late en las historias que nos han unido, digamos no a todo eso, quedémonos siempre así, altos, cerca del sol, brillando eternamente, a salvo, y no le demos ninguna oportunidad al dolor haciéndonos daño sin querer, tirando de esos hilos que asoman por las costuras, al principio de forma inadvertida, como un juego, luego deliberadamente, con saña, hasta descomponer la urdimbre, hasta acabar desnudos y vacíos hablando una lengua muerta, tiritando de frío como dos ciegos buscando a tientas en el salón de los pasos perdidos, en la niebla, al borde siempre del odio o su reverso, la compasión. No, no, dígalo conmigo querida amiga: nosotros no...”

Se detuvo. Le asaltó de pronto el cansancio de las palabras y los gestos. Decidió que únicamente el silencio nos pertenece y rompió lo que había escrito.

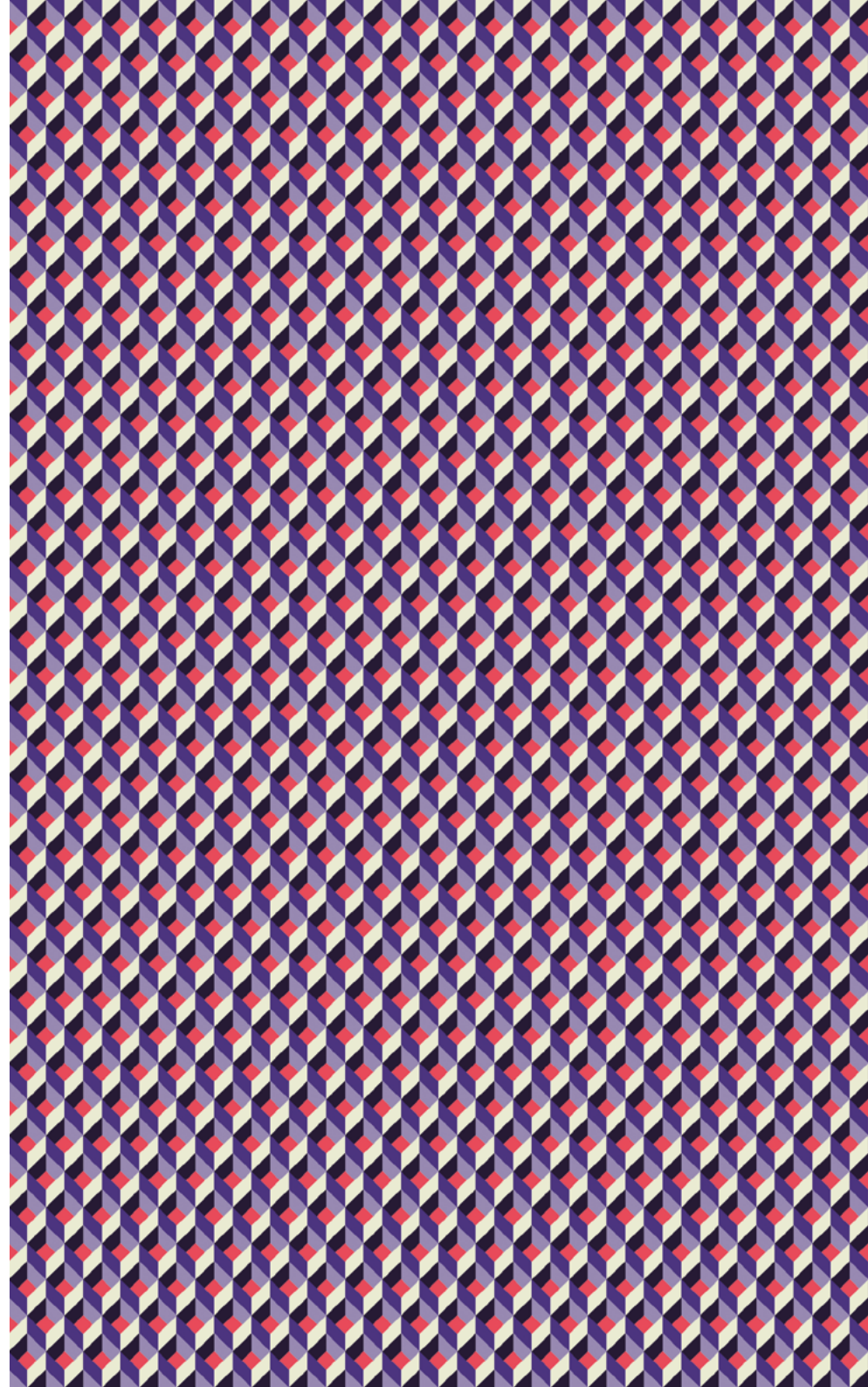
Hacia las once ella se quitó el vestido nuevo y dejó de recalentar la cena.

A medianoche él se tumbó sobre la cama y, al entornar los ojos, la imaginó emergiendo de entre la niebla, sonriéndole como si comprendiera. Mecánicamente, la punta de la lengua emprendió un viaje de tres pasos:

-Cristina, luz de mi vida, fuego de mis entrañas...

SE ACABÓ DE EDITAR ESTE
LIBRO EL DÍA 10 DE FEBRERO
DE 2010, ESTANDO AL CUIDADO
DE LA EDICIÓN EL SERVICIO
DE PUBLICACIONES DE LA
UNIVERSIDAD DE HUELVA





COLECCIÓN
ZENOBIA

CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS CORTOS **ZENOBIA**



Universidad
de Huelva



Ayuntamiento
de **Moguer**